

hacienda del Mayorazgo, con el objeto de extraer la resina de sus montes, para fabricar con ella pisos de betun. Pero á poco tiempo se des-avino con sus compañeros, y separándose de la negociacion, fijó su residencia en la dicha hacienda, estimulado por la benévola acogida que habia encontrado en el administrador y su familia.

Establecido ya en la hacienda, se dedicó á estudiar con empeño la naturaleza, á recoger todas las noticias que podia, y á observar las costumbres y trages nacionales, con objeto, segun decia él, de dar á conocer en Europa una nacion que tanto lo merecia.

No era esta su única ocupacion: sus ratos ociosos los ocupaba en dibujar, en ordenar sus colecciones de plantas, y en escribir varios artículos para el Museo Mexicano; pero su mas grata tarea, y que con mas anhelo desempeñaba, era prestar toda clase de auxilios en sus enfermedades, no solo á los operarios de la hacienda, sino aun á algunas personas de las inmediatas. Cualquiera que fuese el tiempo que hacia cuando se le llamaba, bueno ó malo, de dia ó de noche, estaba siempre pronto para emplear sus conocimientos en beneficio de sus semejantes, rehusando constantemente con la mayor generosidad, las recompensas que aquellas gentes agradecidas le ofrecian. El desinterés fué siempre la divisa de sus acciones.

Despreaux pensaba continuar recorriendo la república, y aun hizo algunos viages durante su permanencia en la hacienda; mas desgraciadamente á poco de estar en ella enfermó del estómago: su enfermedad hizo progresos, y despues de muchos padecimientos y de continuas alternativas y recaidas, se decidió á venir á esta ciudad en principios del pasado Octubre, manteniéndose igualmente con varias alternativas, hasta el 27 de Noviembre que espiró.

Era el Señor Despreaux de un carácter amable, de trato fino, y de agradable conversacion. Poseia grandes conocimientos en varios ramos; pero su inclinacion le hacia preferir siempre el estudio de la naturaleza, principalmente la botánica: no se detenia en viages ni en fatigas, creyéndose ampliamente recompensado de sus trabajos, con encontrar una yerba ó flor desconocida que ofreciese alguna utilidad. He aquí lo que en 6 de Marzo de este año, le escribia de Paris, Bony Saint-Vincent: "Vd., solo, sin dinero, sin otro recurso que sus conocimientos médicos, y sin el menor estímulo del gobierno, ha viajado diez años por amor de la ciencia, bastándose á sí mismo."

Jamas hablaba de nuestro pais, si no era para elogiarlo, y si bien conocia nuestros defectos, solo los hacia observar á algun amigo, procurando disculparlos, y no cesagerándolos y apre-

surándose á darles toda la publicidad posible. En sus artículos se encuentran varias pruebas de ello, y de sus deseos por la prosperidad de la república.

Hombre benéfico, afable, fino y desinteresado, fué apreciado de cuantos le conocieron: su pérdida ha sido muy sensible para sus amigos, que cumplen hoy con un triste deber, consagrando este último homenaje á su memoria.

Diciembre 17 de 1843.—J. G. I.

A MARIA.

¡POBRE niña! ¿por qué lloras?
 ¿Por qué en la noche á deshoras
 Yo te escucho suspirar?
 ¿Por qué si llamo á tus rejas,
 Cierras ¡oh niña! y te quejas
 Si en ella me oyes cantar?

Dime tú, bella infelice,
 ¿Nada mi acento te dice?
 ¿No late tu corazon
 Al escuchar mis canciones?
 ¿No llama tus ilusiones
 De mi harpa el sentido son?

Tambien mi lecho es de duelo,
 Y de amoroso desvelo
 Testigo mi soledad.
 Cantando mi desventura,
 Paso aquí la noche oscura
 Al viento y la tempestad.

¿Por qué no enjugas tu llanto
 Y en blando y fúnebre canto
 Te querellas como yo?
 ¿Temes que burle tus quejas
 El mundo imbécil que dejas,
 Que despiadado te holló?

Tú eras pura, eras hermosa,
 Con tus mejillas de rosa
 Y tu frente virginal;
 Y blancos sueños cruzaban
 Esa mente de vagaban
 Visiones de un mundo ideal:

Que un mundo bello soñabas
 Donde, reina, dominabas;
 Y de encantado jardin,
 Entre aromadas praderas,
 En alas del sueño fueras
 De ese Edén hasta el confín.

Mentira fué ¡mas tan bella!
 Tambien caminé en pos de ella,
 Tambien á mí me engañó;
 Y á la vuelta del ensueño,
 Lloré su importuno empeño,
 Y mi frente se arrugó.